

PAZ, Octavio. *Vislumbres de la India*. Seix Barral, Barcelona. 1995, pp. 218.

Los libros sobre la India son generalmente escasos en nuestro medio. Casi siempre son de escritores europeos, quienes suelen lanzar sobre las culturas del vasto subcontinente indio una mirada bastante comprometida en un esfuerzo por desdecir todo un pasado políticamente hegemónico, lo cual parecen querer compensar a veces con una sobreabundante simpatía hacia lo "pintoresco" de dicho país. Por ello es este libro una sorpresa asaz refrescante, pues no sólo representa una visión de la India desde una perspectiva cercana a la nuestra, como la puede ofrecer el autor mexicano, sino que, además, está escrito con la agilidad, apertura, maestría y empatía que fueron preciadas dotes de este insigne Premio Nobel. Mas aún, este libro ofrece un panorama mucho más explícito que otros acerca de los complejos sistemas filosóficos que han tenido cabida en la historia de la India. En este texto la historia se profundiza sin pedantería, la política se desentraña sin densidades especializadas, y las ideas metafísicas están expresadas con tal gracia, que desearía uno que fueran más frecuentemente los poetas quienes escribiesen sobre esos temas, y no ciertos pensadores de la filosofía, cuyos esfuerzos, no desprovistos de mérito, espantan a los curiosos debido a la aridez de la expresión, o peor aún, lo enredado de su prosa.

De hecho, toda la lectura de este libro trasluce la pluma del poeta, y si bien algunos detalles autobiográficos parecen demasiado hermosos o felices como para burlar un filtro escéptico (quizá la memoria de Paz embelleció los hechos en la lejanía del tiempo), hay otras imágenes vividas que estremecen por su concreción, especialmente aquellas relacionadas con el calor de la India (el cual, extrañamente, pasa inadvertido para muchos escritores occidentales), y las impresiones personales sobre personajes variados indios. Notamos en este libro algo distinto de otros anteriores, como los de Mende, Ward, Genty, Panikkar, Godden, Thomas, y aún Pierre Loti, por citar a algunos autores de libros descriptivos sobre la India que podrían ser comparados con este libro de Octavio Paz (al menos los que hemos podido leer). En esas otras lecturas lo geográfico, lo arquitectónico y aun lo humano parecen ser parte de una misma naturaleza: las personas rara vez se singularizan o pierden su "misterio asiático" (una excepción a esto es Tibor Mende, al menos en algunos pasajes de su obra *La India Contemporánea*). Pero en el libro de Paz, no son las impresiones visuales las que más le llaman la atención, ni precisamente las olfativas o gustativas (a pesar de varios excursus interesantísimos acerca de la cocina india) ni lo "exótico", que es lo que más parece atraer a otros visitantes. Son los aspectos políticos, el carácter de las gentes, desde los vendedores callejeros y los taxistas hasta los científicos, poetas y políticos conocidos en fiestas de embajada, lo que atrae la atención de Paz. El "ve" a personas que otros escritores no ven, y, aún confesando su extrañeza y hasta su incomprensión hacia el "otro", el indostano, esa misma muestra de perplejidad está recogida como una conciencia ante ese otro, cosa que no suelen hacer otros escritores, quizá para no parecer vulnerables.

Quizá la parte más valiosa del libro sea aquella en la cual Paz traza un paralelismo histórico entre la evolución cultural de México y la India; un paralelismo que pocos sabrían presentar sin parecer extemporáneos o aún descabellados. Pero Paz analiza una serie de elementos de la cultura, desde lo culinario hasta lo religioso, y, aunque, prudentemente, no llega a conclusiones atrevidas, sus ideas incitan a pensar, especialmente en lo relacionado con la difícil situación política de los pueblos en los cuales las diferencias sociales y la injusticia han devenido el móvil de una trama dramática que está lejos de resolverse.

En las páginas dedicadas al tratamiento del abstruso pensamiento filosófico de la India (especialmente en la segunda y la cuarta parte del libro), el autor no sólo ha puesto su atención en los diversos idearios del hinduismo, sino que también ha abarcado al pensamiento indo-musulmán y ciertas doctrinas filosófico-políticas de la India más contemporánea. Sus observaciones, sin ser técnicamente elaboradas ni profundas -no es esa su intención- no dejan de ser agudas e informativas. Por todo ello, podemos decir que esta obra, una de las últimas que escribió Octavio Paz antes de su muerte, representa, para todo lector castellano, y especialmente para los hispanoamericanos, una grata y meditativa introducción a la milenaria cultura de la India, que combina el atractivo estético de la mejor literatura con el don didáctico de expresar de manera sencilla y clara las más hondas inquietudes del espíritu.

**Luis Vivanco**

LEC, Stanislaw Jerzy: *Pensamientos despeinados*, Editorial Península, Barcelona, 1997; pp. 154.

Una de las tradiciones filosóficas más antiguas es la que expresa ideas y pensamientos a través de máximas, aforismos y sentencias breves. Comenzando con Heráclito y los siete sabios de Grecia, puede trazarse un hilo ininterrumpido que pasa a través de Grecia, Roma, Bizancio, medio oriente, China, India, América, algunos pensadores medievales (notablemente Eckhart) y luego el Renacimiento, para llegar a una cierta exclusividad del género en obras como los *Pensamientos* de Pascal, o las máximas de Vauvenargues y otros escritores del albor del iluminismo. Que esta tradición continúa hasta hoy, lo prueban obras de ese tipo de producción intelectual, de la autoría de pensadores tan diversos como Lichtenberg, Nietzsche, Wittgenstein, Rostand y Perret, quienes desde diversos campos del conocimiento (literatura, filosofía, biología y arquitectura), se lanzaron a cultivar el ejercicio de una reflexión que expresa o quiere alcanzar, de una manera mínima, una amplitud y aún una profundidad máximas.

Ahora bien, sería justo hacer una distinción entre las obras de este género que fueron resultados póstumos de la voluntad de compiladores o editores, que publicaron de un pensador una *selección* de pensamientos en forma de máximas (aunque el

autor de esos contenidos nunca haya tenido intención de plasmar sus pensamientos de esa manera breve), y las obras de aquellos pensadores que cultivaron a propósito esta forma mínima. Entre estos últimos está Stanisław Jerzy Lec, escritor nacido en Lwów, Polonia, en 1909, y muerto en Varsovia en 1966, quien ha sido considerado uno de los más grandes maestros del aforismo de todos los tiempos. Admirado y reconocido por intelectuales de su país como Leszek Kolakowski y Czesław Miłosz, su pensamiento no tardó en atravesar fronteras, y poco a poco fue siendo conocido en Europa occidental y aún en América Latina, donde empezaron a circular traducciones de sus máximas aún en vida del autor, en países como Chile, Argentina y México. Ha sido comparado con el filósofo rumano Cioran, pero, a nuestro juicio, no necesita esa supuesta *comparación-alabanza* que pareciera querer acercarle a los méritos de éste pensador, porque sus ideas brillan con luz propia. En palabras de Emilio Quintana, quien, además de realizar la traducción del polaco al español junto con Anna Luzny, ha cuidado esta selección y edición de los textos de Lec, éste "... pertenece con todo derecho a una época en la que la literatura polaca se descubre a sí misma como una de las más filosóficas de Europa". El temperamento de dicha literatura se fue gestando desde los difíciles días en que Polonia era una provincia rusa, cuando la ironía empezó a ejercerse contra la tiranía zarista, una actitud que no era menos común en la misma Rusia, en la que también varios escritores (Como Krylov y Averchenko) supieron esgrimir el aguzón satírico contra la opresión del Estado.

De profesión abogado, Lec tuvo una vida tan agitada como agitado ha sido el siglo sobre la tierra polaca. Durante su vida alternó el activismo político con otras luchas menos metafóricas en plena guerra mundial; también sufrió la experiencia de cárceles y campos de concentración. En ningún momento declinó su vocación de escritor, y su constante actividad produjo varios volúmenes de poesía y prosa satírica que escribió desde su juventud. Sus primeros "Pensamientos despeinados" fueron editados en 1957. Su enorme éxito hizo pronto aparecer traducciones al inglés, alemán, y otras lenguas.

La obra aforística de Lec guarda ciertos elementos comunes con su obra poética, pues en ambas escribía composiciones muy breves, buscando la mayor fuerza del vocablo a través de una máxima condensación. Es por ello que estos pensamientos mínimos son fruto a veces de años de revisión, poda y depuración. El continuo ejercicio de pensar estas máximas hacía que ellas le alcanzaran inspiradamente en los lugares más fortuitos. Cuando murió, conservaba docenas de ellas anotadas no sólo en libretas y agendas, sino, inclusive en servilletas y papeles sueltos. Dos años antes de su muerte perdió un grueso cuaderno con el fruto de más de veinte años de pensamientos, y nunca pudo consolarse de dicha pérdida.

Los aforismos de Lec, pues, no son sólo ocurrencias ingeniosas que pudieran tener alguna relación con la filosofía. Son eso, evidentemente, pero también son mucho más que eso. Son saetas agudas que incitan a pensar. Y la mayor objeción o

reproche que puede hacerse desde el bando filosófico “profesional” (y desde cualquier bando “serio”), es el de mostrar, en su ingenio, en su crudeza, en su mordacidad, en su pesimismo, y aún en su cinismo, un irrefrenable y rotundo sentido del humor. Su ocurrencia juega con los refranes, buscando el retruécano que se empalma con una visión más existencial de las cosas, una visión cuya profundidad no impide el asomo de una sonrisa, como cuando nos dice: “No se mienta la sogá en casa del ahorcado. ¿Y en casa del verdugo?”, o “sólo los cadáveres pueden resucitar. Para los vivos es más difícil.” Lec juega con las referencias y lugares comunes, y tuerce su sentido, no solamente para lograr un efecto cómico o ingenioso, que a veces lo logra, sino también, y quizá primordialmente, hacernos volver a mirar con ojos de novedad, de primera vez, una realidad ante la cual la costumbre nos ha inmunizado o insensibilizado. Y recuperar la mirada inicial sobre las cosas es también a menudo recuperar el sentido de lo importante, de aquello que, aun siendo evidente y esencial, no sólo pasa inadvertido, sino que queda atrás olvidado y tirado a la fuerza en la intrascendencia. Muchos de sus aforismos muestran esta llamada de atención a nuestras conciencias, como en este: “Prefiero la inscripción «Prohibido el paso» a la de «Sin salida»”, o este “La verdad triunfa a veces, si deja de serlo”, o este otro: “Incluso en su silencio había errores lingüísticos”.

Si la visa de entrada al campo de la “filosofía seria” es la exigencia de presentar un pensamiento formalizado, con etiqueta y empaquetamiento académico, podría desdeñarse una obra como la de Lec. Pero la historia de la filosofía, como veíamos al principio de esta reseña, nos corrobora que no ha sido ésa la visa exigida por el pensamiento filosófico más profundo y valioso. Las puertas de la filosofía son más amplias de lo que querrían algunos solemnes. Y de hecho, desde hace generaciones, obras menos “serias” como las de Lewis Carroll, por mencionar un caso, han sido estudiadas y comentadas por varios investigadores que encuentran en ellas una rica veta para el análisis lógico y lingüístico. De modo parecido, los estudiantes de filosofía, y muy especialmente aquellos que trabajan con el análisis de las expresiones humanas del género de estos pensamientos *despeinados*, paradójicos y a veces aparentemente contradictorios, podrán encontrar en la obra de Lec toda una mina de trabajo y reflexión. Lo mejor de dicha obra a nuestro juicio, lo hemos dicho ya: es que incita a pensar. Pero a un pensar más profundo que el de solo un análisis lingüístico. Nos incita, a veces con una sonrisa, al pensamiento sobre lo que somos y el sentido de nuestra existencia. Terminamos esta reseña con una última cita de Lec: “¡Gentes con el corazón de oro! Vendedlo a buen precio”.

Luis Vivanco